

LAS HISTORIAS DEL DOCTOR BARBARROJA

Shūgorō Yamamoto

Traducción del japonés:
Isami Romero Hoshino

Revisión y adaptación:
Eva González Rosales


QUATERNI

ÍNDICE

Prólogo	7
Historia de una enajenada	II
Una demanda de refugio.....	39
Las <i>nagayas</i> del Tejón	67
A la tercera va la vencida	101
Una apuesta perdida	129
El tonto del rui señor.....	151
El asesino de Okume.....	177
Un nuevo brote bajo el hielo.....	207

HISTORIA DE UNA ENAJENADA

I

Cuando llegó al portón, Noboru Yasumoto se quedó parado un buen rato, contemplando con la mirada perdida el puesto del centinela. Tenía resaca; sentía un ardor en el pecho y le pesaba mucho la cabeza.

—Es aquí —susurró—. Este es el sanatorio Koishikawa.

Sin embargo, en su cabeza solamente se encontraba Chigusa. Mientras miraba la garita, Noboru no dejaba de pensar en ella: en su cuerpo ágil y esbelto, en sus curvas suaves, en sus ojos grandes, su nariz respingona y su piel pálida. Recordó cómo se sonrojaban sus mejillas siempre que alguien la tocaba y cómo lo atraían sus ojos brillantes, invitándolo a acercarse a ella.

—Solo han sido tres años —susurró de nuevo—. ¿Por qué no pudiste esperarme, Chigusa? ¿Por qué?

Un joven se acercó a él caminando desde el portón. Cuando se percató, Noboru se giró para mirarlo. Supo de inmediato que se trataba de un médico, dados su vestimenta y su peinado. Entonces, recobró la compostura y se acercó a la garita. Justo cuando le estaba diciendo su nombre al centinela, el joven se aproximó y le preguntó si era el señor Yasumoto. Él asintió.

—Yo lo acompañaré —le dijo el joven al centinela.

Después de saludar a Noboru con una reverencia estirada, ambos empezaron a caminar juntos.

—Me llamo Genzō Tsugawa —le dijo el joven amigablemente—. Estábamos esperándote.

Noboru lo miró sin decir nada.

—Me alegro de que estés aquí —continuó, con una sonrisa sardónica—. Ahora que has llegado, yo podré marcharme. Es que tú eres mi relevo, ¿no lo sabías?

—No me han dicho nada, solo que viniera —le dijo Noboru, con recelo.

—Estudiaste en Nagasaki, ¿verdad? —le preguntó Tsugawa, cambiando el tema de conversación—. ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Casi tres años —le contestó, y volvió a acordarse de Chigusa. «Solo tres años». Frunció el ceño con enjundia.

—Este lugar es terrible —le dijo Tsugawa—. Creerás que exagero, pero cuando lo conozcas me darás la razón. Los pacientes están llenos de pulgas, liendres y pústulas; todos son apuestos e ignorantes pordioseros. El salario es pésimo y, para colmo, Barbarroja nos explota día y noche. Estando aquí, he llegado a arrepentirme de mi decisión de ser médico. Es terrible, en serio. Esto es un desastre.

Noboru no dijo nada.

«A mí solo me han dicho que venga», pensó de nuevo.

No era posible que quisieran que se quedara en aquel hospital gratuito al que llamaban «sanatorio». Noboru había estudiado en Nagasaki y probablemente querían saber su opinión sobre algún caso, por eso lo habían llamado. «Este hombre me está confundiendo con otro», pensó.

Tras caminar cincuenta pasos por un camino de grava y arena, llegaron a un edificio. Era viejo: el alero de la entrada estaba deteriorado, el tejado se estaba desmoronando y las columnas laterales estaban tan abolladas que parecían onduladas. Genzō Tsugawa entró en el zaguán y le mostró la caja donde tenía que dejar sus sandalias. Después de descalzarse, entraron juntos.

Tras recorrer un pasillo, encontraron una sala de espera donde había mucha gente. Probablemente eran los pacientes que iban

a ser examinados. Había hombres y mujeres de mediana edad, algunos mayores y también niños, pero todos iban desharrapados. Había basura por todas partes y un olor penetrante, como de fruta podrida, cargaba el ambiente.

—Estos son los pacientes externos —le contó Tsugawa mientras se tapaba la nariz con la mano—. Los atendemos gratis. De no ser por nosotros, ya estarían muertos —añadió, con una mueca terrible, antes de extender la otra mano—. Es por aquí.

Continuaron por el pasillo y giraron a la derecha. Tsugawa se detuvo en la entrada de una habitación y dijo su nombre. Alguien les dio permiso para entrar, una voz profunda con un ritmo vibrante.

—Es Barbarroja —le susurró Tsugawa y, después de guiñarle el ojo, abrió la puerta corredera.

Se trataba de una habitación alargada, como si hubieran unido dos habitaciones de seis tatamis. Al fondo había una ventana alta flanqueada por dos aparadores con tres estantes. Eran viejos y tenían el color caramelo de la madera de alcornoque. En los dos primeros estantes había una puerta, que era donde se guardaban los medicamentos; lo sabía porque en cada una de ellas había una etiqueta con los nombres. Una luz fría entraba por el papel opaco de la ventana con vistas al norte iluminando al anciano que les daba la espalda. Sus hombros eran amplios y fuertes y llevaba el cabello gris despeinado.

Genzō Tsugawa se sentó y le informó de la presencia de Noboru Yasumoto. El anciano continuó en silencio, escribiendo algo en su escritorio. Llevaba un *tsutsusode*¹ de color topo y un extraño *hakama*² del mismo tono, aunque más bien parecía un *tattsuke*³, amplio en la zona de la cintura y ceñido en las pantorrillas, con un cordón rodeando los tobillos.

1 Casaca tradicional que se cruza sobre el pecho.

2 Pantalón amplio con pliegues.

3 Pantalón amplio en los muslos y caderas que se ciñe desde el tobillo a la rodilla gracias a una especie de calentador anudado con cordones. Lo utilizaban los samuráis para facilitar la puesta de la armadura y para evitar que la pernera quedara enganchada en la maleza.

En la habitación no había brasero. Como estaba orientada al sur, no recibía los rayos del sol y el aire frío olía a medicamento. Noboru se sentó de rodillas y el frío subió por sus extremidades inferiores y recorrió su cuerpo. El anciano dejó por fin la pluma y se giró hacia ellos. Tenía la frente amplia y un gesto severo, y llevaba una larga barba que le cubría la boca y el mentón. Sus cejas también eran largas, símbolo popular de longevidad, y debajo de ellas tenía unos ojos brillantes de mirada penetrante que tanto podían pertenecer a un digno miembro de la Escuela Cínica como a un niño curioso. Sus labios parecían formar la letra \sim del *hiragana*⁴.

«Ahora entiendo por qué lo llaman Barbarroja», pensó Noboru.

Aunque su barba era de un gris pálido, su semblante resultaba poderoso y poseía el porte del mismísimo Barbarroja. Tenía entre cuarenta y sesenta años. Mostraba la temeridad de un cuarentón y la serenidad de un sexagenario, un extraño conjunto que no resultaba discordante en él.

Noboru hizo una reverencia y se presentó.

—Soy Kyojō Niide —replicó Barbarroja con desdén mientras lo observaba con dureza, como si sus ojos fueran una barrena—. Desde hoy trabajarás aquí como asistente médico. No es necesario que vayas a por tus cosas. Alguien irá a por ellas.

—Pero... Un momento, por favor —tartamudeó Noboru—. Nadie me había informado de esto, solo me pidieron que viniera.

—No tengo nada más de lo que hablar contigo —dijo Kyojō, eludiendo su petición. A continuación, se dirigió a Tsugawa—: Acompáñalo a su cuarto.

4 El *hiragana* es uno de los tres alfabetos del japonés. Se usa para simbolizar el sonido de las palabras.

II

Noboru Yasutomo iba a ser asistente médico en el sanatorio Koishikawa.

No estaba satisfecho. Se había marchado a estudiar a Nagasaki porque pensaba que, cuando regresara a Edo, le darían un buen puesto como médico del *shogunato*. Su padre, Ryōan Yasutomo, trabajaba como médico en la quinta región de Kōjimachi. El famoso Genpaku Amano, un conocido de su padre que era médico del *shogunato*, siempre había reconocido el talento de Noboru: fue él quien propició que pudiera ir a estudiar a Nagasaki y le prometió que le escribiría una carta de recomendación para el *shogunato*.

Noboru le contó todo aquello a Tsugawa mientras lo acompañaba a su cuarto.

—Vaya... A pesar de tantas garantías, has terminado aquí —dijo Tsugawa, dejando la frase en el aire para echarse a reír—. Bueno, lo mejor será que te resignes. Hace medio mes que sabíamos que vendrías, parece que a Barbarroja le has gustado.

Pasaron junto a la habitación de Niide, doblaron a la izquierda, recorrieron un pasillo y se detuvieron ante una hilera de tres puertas a la derecha. Tsugawa se dirigió a la del fondo y le presentó a otro asistente: Handayū Mori. Tenía veintisiete o veintiocho años, era muy flaco y parecía sumamente cansado, como si le fallaran las fuerzas.

—Hemos oído hablar mucho de ti —le dijo Handayū después de presentarse—. Aunque este trabajo es realmente duro, hay mucho que aprender. Puede venirte muy bien para el futuro.

A pesar de su amabilidad, la voz de Handayū sonaba como una rasuradora forrada de algodón. Aquella aspereza se ocultaba también en el fondo de sus ojos tranquilos. Y Noboru se dio cuenta de que ignoraba por completo a Tsugawa; no le respondía ni lo miraba.

—Es el segundo hijo de un acaudalado agricultor de alguna parte de Sagami —le dijo en voz baja Tsugawa una vez que

salieron al pasillo—. No congenia conmigo pero, aunque no lo parezca, es bastante inteligente.

Noboru no prestó demasiada atención a sus palabras.

El cuarto de Tsugawa estaba junto al de Mori, seguido por el de Noboru. Todas las habitaciones eran de seis tatamis, pero las ventanas daban al norte y eran oscuras. No tenían esteras de paja y el suelo de madera era fino y frío. Debajo de la ventana había un viejo escritorio y un cojín circular hecho de espadaña. Una de las paredes estaba vacía y agrietada, y en la otra había un aparador pesado con puertas de madera.

—¿No hay tatamis?

—En ningún lugar —dijo Tsugawa, extendiendo los brazos—. Las habitaciones de los médicos son como las de los pacientes, solo estos tablones finos. Ahí ponemos las colchas.

—Parece una cárcel —susurró Noboru.

—Todos dicen lo mismo, incluso los pacientes —replicó Tsugawa con ironía—. Como son pobres y reciben tratamiento médico gratis, se sienten en inferioridad y eso incrementa sus recelos. La ropa que llevamos no ayuda.

Noboru recordó el atuendo de Barbarroja, y que Handayū Mori llevaba algo similar. Cuando le preguntó al respecto, su guía le contó que, ya fuera verano o invierno, los médicos vestían de aquel color mientras que los pacientes del sanatorio tenían que usar batas blancas. Las batas eran iguales para hombres y mujeres y parecían las que usaban los niños, con cordones para desvestirse rápidamente si era necesaria una revisión médica. A los pacientes no les gustaba y las quejas eran constantes.

—¿Es una antigua costumbre?

—Es una regla impuesta por Barbarroja —le explicó Tsugawa, encogiéndose de hombros—. Él es nuestro dictador. Siente pasión por la medicina y cuenta con el apoyo de algunos daimios y mecenas adinerados porque es un buen médico, pero aquí casi todos lo odian porque hace lo que le da la gana.

—He visto que no tiene brasero.

—Solo hay en las habitaciones de los pacientes —dijo Tsugawa—. Barbarroja dice que el frío de Edo es bueno para

la salud, y el presupuesto para carbón es limitado... Bueno, seguiré enseñándote esto.

Salieron del dormitorio y, después de ver las habitaciones de los médicos residentes, se dirigieron a las consultas externas y al laboratorio donde se elaboraban los medicamentos. Posteriormente vieron el comedor de los pacientes y el del personal médico. Por último, Tsugawa se puso unas chanclas y salió por la puerta sur.

Junto a una de las esquinas del edificio principal, desde donde se veía la cocina, había un anexo alargado de unos cien metros cuadrados con tejado de tejas. A su lado había un pozo techado donde cuatro o cinco mujeres estaban lavando y amontonando verduras que probablemente encurtirían más tarde. Los rayos del sol de la mañana calentaban los tallos blancos y las hojas verdes, una imagen fresca capaz de despertar a cualquiera.

III

Tsugawa le señaló a una de las mujeres.

—La segunda de la derecha, ¿la ves? La muchacha que lleva el *tasuki*⁵ amarillo, la que está apilando la verdura. Se llama Oyuki, es la novia del doctor Mori.

Noboru miró a la joven con indiferencia.

En ese momento salió del edificio principal una mujer de dieciocho o diecinueve años que se acercó a Tsugawa. Sus facciones eran elegantes y, por cómo se movía y hablaba, parecía la sirvienta de una familia de comerciantes importantes. Probablemente había caminado deprisa, pues resollaba y tenía la cara roja.

5 Cordón que se usa para recoger las mangas del kimono.

—Vuelve a sufrir espasmos dolorosos —dijo la mujer, jadeando—, y nos hemos quedado sin medicina. ¿Podrías prepararle más, por favor?

—Pídesela al doctor Niide —le respondió Tsugawa—. Solo él puede preparar ese remedio. Está en su habitación.

La muchacha miró de reojo a Noboru, seguramente tras sentirse observada. Él se inclinó con rapidez y ella se sonrojó cuando la saludó. Después, regresó a paso veloz a la puerta sur.

Tsugawa siguió caminando con Noboru. Al otro lado del anexo había un solar de unos seiscientos sesenta metros cuadrados y más allá se encontraba un jardín de plantas medicinales protegido por una verja. Se le conocía como el Jardín Botánico Koishikawa y estaba bajo la jurisdicción del *shogunato*, una extensión de treinta y tres mil metros cuadrados dividida en norte y sur por un sendero. El sanatorio se encontraba al suroeste del jardín; desde la colina más alta del mismo podía observarse todo el lugar.

En el jardín no había demasiada variedad. Como era invierno, los árboles y arbustos estaban casi secos. En sus troncos, cubiertos de paja para protegerlos de la escarcha, había unos pequeños letreros con los nombres. Tsugawa y Noboru anduvieron por los escarpados caminos húmedos por la escarcha descongelada y se toparon con los encargados de mantener el jardín, que estaban removiendo la tierra y cambiando la paja de los troncos. Todos saludaron a Tsugawa, que les presentó a Noboru. Había un anciano alto y rechoncho llamado Gohei y un tipo larguirucho que parecía un árbol seco de nombre Yoshitarō. Además de a ellos, Noboru conoció a otros tres: Jisaku, Kyūsuke y Tomigorō.

—¿Cómo estás, Gohei? —le preguntó Tsugawa—. ¿Todavía no puedes trabajar?

—Creo que me recuperaré pronto —dijo el viejo gordo, asintiendo con los ojos tan entornados como si estuviera en trance y rascándose la papada.

—Yo me marcho este mes. Espero verte bien antes de mi partida.